

SUEÑOS HUNDIDOS

(comedia en un acto)

PERSONAJES:

Adrián (24 años)

Bruno (23 años, amigo de Adrián)

Eluney (23 años, amiga de Bruno y Adrián)

Marina (madre de Adrián)

Marcelo (30 años, hijo de un empresario)

Repartidor

La acción se desarrolla en la recepción de un hotel administrado por Marina.

Una sala que no es excesivamente lujosa pero tampoco miserable; es un sencillo y decoroso hotel de una pequeña ciudad. Del lado derecho de la sala, está el mostrador de la recepción; sobre él hay un jarrón de orquídeas, y al otro, una lámpara que emite una luz tenue y un teléfono fijo. Detrás del mostrador hay dos sillas giratorias y un pequeño aparador. A la izquierda se vislumbra la puerta de entrada al hotel, mientras que a la derecha se observa otra puerta que da acceso a una escalera que conduce a las demás plantas del hotel. La escenografía entera debe plantearse en colores cálidos, como el rojo y el amarillo; el ambiente no debe ser excesivamente luminoso.

Escena primera

Adrián: Está claro que si me adaptara y comenzara a aceptar que la mayoría de las personas que me rodean no sueñan y, por lo tanto, tampoco creen en mis sueños, todo sería más fácil. Hay que aclarar, sin embargo, que la idea de llevar una vida sencilla nunca me ha cautivado y me sentiría un individuo sumamente ridículo si tuviera la esperanza de que muchos puedan entender lo que significa para mí tener un sueño, y apreciarme o desdenarme por los valores en los que realmente creo, más que por razones fútiles. Por eso, hace tiempo que me desinteresé de estas personas y persisto en sostener que una vida sin al menos la esperanza de poder soñar equivale a algo demasiado cercano a la muerte... a la muerte espiritual quiero decir, no física, por supuesto *(pausa)*.

No creo que los sueños estén excesivamente relacionados con la edad, con el lugar donde se vive, con el estatus social al que se pertenece, o con ninguna otra infinidad de variantes. En la mayoría de los casos, sólo tienen que ver con uno mismo. Un sueño es algo parecido a un reto, a una competición contra uno mismo, contra la propia fuerza de voluntad, contra la propia conciencia, ¿consigo explicarme? Y,

sobre todo, un sueño, al principio, siempre es algo espiritual y elevado. Luego a veces se tiene la oportunidad de darlo a conocer a los demás poniéndolo en práctica, pero ésta es sólo la parte final y, en mi opinión, también la menos interesante *(pausa)*.

Últimamente, desde hace varios meses, trabajo aquí. Paso las noches en este lugar. Pero es un trabajo temporal, y si he aceptado estar aquí, es más que nada porque mi madre, la dueña de este hotel, necesita ayuda y se siente terriblemente cansada. Mi padre nos abandonó hace unos años. Se divorció de Marina y luego se desvaneció en el aire y, desde entonces, mi madre necesita que se la apoye en todo, tanto en los asuntos más elevados, por así decirlo, como en los más prácticos. Y no me quejo de estar aquí. Además, por la noche está tranquilo, viene poca gente, y aprovecho para estudiar para la universidad *(pausa)*.

De vez en cuando el sueño me toma por sorpresa y me duermo en este mismo lugar. Apoyo la cabeza en el respaldo y... empiezo a soñar. A veces recuerdo mis sueños con más lucidez, otras veces con menos. Hoy es el primero de estos dos escenarios. Hace tiempo practicaba atletismo, corría y, por casualidad, casi siempre ganaba las competiciones en las que participaba. Gané tal campeonato, tal otro... hasta que alcancé un excelente nivel atlético que me permitió soñar con ganar el campeonato del mundo. La posibilidad de que todo se hiciera realidad existía, no era un sueño irrealizable, disparatado. Además, yo no era el único en afirmar esto. Y justo hace un rato, soñaba que ganaba el campeonato, y mientras llegaba a la meta, se me presentaba al fin esa tan anhelada oportunidad de levantar la bandera de la paz en el aire. Sí, era eso lo que hacía que el sueño fuera tan movido: ese deseo de levantar esa bandera, jante el mundo entero! Y transmitir un mensaje sencillo y claro: que no tiene sentido dividir el deporte por naciones, al igual que no tiene sentido dividir el mundo por naciones, y que hay valores por encima de todo esto, y que, en teoría, deberían unir a toda la humanidad.

Escena segunda

Marina: Hoy no hay manera de conciliar el sueño y he bajado a estirar las piernas. Es una alegría encontrarte por aquí *(con indiferencia)*... Estas noches de verano son tan agotadoras, ¡el bochorno te sofoca a todas horas! ¿Cómo estás hijo, está todo en orden? ¿Por casualidad te dormiste acá? Tu rostro denota fatiga, estás pálido esta noche.

Adrián: No te preocupes, me encuentro bien, mamá.

Marina: ¡¿Por qué no dejas de mentir?! ¡Estás cansado y se nota!

Adrián: Supongo entonces que mi cansancio se debe al horario. Dormir durante el día y quedarme despierto para trabajar por la noche hace que a veces me sienta aturdido, pero no me quejo.

Marina: El horario... ¡Sí, así debe ser! ¿Y no será más bien que este cansancio tuyo se debe a que pasas aquí las noches rumiando el pasado, deseando poder retroceder en el tiempo? ¿Para volver a competir? ¿Acaso no es ésta la causa de tu palidez?

Adrián: Te estás inquietando inútilmente, madre.

Marina: ¡Ah! ¿No debería entonces preocuparme si encuentro a mi hijo tan pálido como una hoja? ¿Es eso lo que me sugieres? ¿Es eso lo que esperas de tu madre (*con altanería*)?

Adrián: Cálmate Marina, te vuelvo a decir que estoy bien. Intenta mantener la calma.

Marina: Es inútil, no puedo. No lo consigo porque soy consciente de que el no poder dedicarte más al deporte, uno de tus sueños, te atormenta. Pero debes enterrar el pasado y seguir adelante. No puedes dejar que una adversidad que ya atravesaste se apodere de tu vida (*pausa*). A muchas personas les pasan cosas parecidas: un muchacho abre un bar y en un determinado momento su negocio fracasa... una muchacha va a una audición de canto y no la admiten en el coro, a otro muchacho le gustaría comprarse un tractor pero no puede permitírselo... Todo el mundo tiene pequeños planes, proyectos, sueños que desea realizar en la vida, pero todos somos igualmente conscientes de que los sueños no siempre se cumplen y que no es admisible ser tan vulnerable como tú, lloriqueando, desesperándote y desmayándote si uno de tus sueños se hace añicos... Y decir que ya han pasado varios meses desde que tuviste que dejar de dedicarte a la competición (*con ímpetu, casi con rabia*)...

Adrián: No sé ni qué contestarte (*desconcertado, confuso*). No es verdad que lloriquee, me desmaye y me desespere por un sueño, nada por el estilo. Son tus típicas exageraciones. Simplemente me resulta difícil olvidar por completo el pasado y no traer a memoria algo en lo que creía y que, aunque no era mi única fuente de felicidad, me causaba cierta alegría, serenidad... Una persona no puede abandonar de un momento a otro su pasado, por reciente o antiguo que sea, porque forma parte de nosotros mismos, de nuestra personalidad.

Marina: Es cierto, pero ¿podrías al menos hacer el esfuerzo de no centrarte sólo en el pasado, sino más bien en tu presente y tu futuro? No hay nada más importante que el futuro. Tienes que aprender que cuando un sueño se convierte en algo imposible de realizar, hay que apartarlo, olvidarse de él. De lo contrario, sólo te traerá malos recuerdos y sufrimiento interior, porque un sueño no realizado siempre sigue siendo un sueño no realizado y nada más, y a nadie le interesa.

Adrián: Los recuerdos no me causan sufrimiento, te estás confundiendo. He tenido varios sueños en mi vida, y el deporte era sólo uno de ellos. En eso no tuve suerte: de repente tuve que renunciar a las competiciones. Pero no creas que me siento amargado, decepcionado. Ya he aceptado lo que pasó y ya no me atormenta. Además, lo que cuenta no es tanto si un sueño se hizo realidad o no, sino haber tenido la oportunidad de soñar. Y me siento feliz de los sueños que he tenido (*sincero, en un tono de voz extremadamente tranquilo y sosegado*).

Marina: Me alegro por ti. Pero nada de esto te servirá de algo. Insisto una vez más en que ahora tienes que pensar en el futuro.

Adrián: Pienso en el futuro constantemente. En mi vida me he dedicado a diversas actividades, he tenido proyectos, aspiraciones; y ahora el hecho de que la fortuna no me haya acompañado últimamente no significa nada; el pasado siempre se mantendrá en mi corazón, pero eso no quita que otros sueños míos se desarrollen en el futuro. Irán surgiendo poco a poco y, una vez que los atrape,

intentaré llevarlos a cabo de la mejor manera posible. De eso estoy seguro. Por lo tanto, deja de angustiarte en vano *(pausa)*.

Marina: ¿No tendrás algo de beber ahí? ¿Me pasas una botella de cerveza, por favor?

Adrián: Toma. Y aquí tienes un vaso.

Marina: *(asiente con la cabeza como muestra de agradecimiento, luego empieza a caminar con el vaso en la mano, se distrae y luego se complace de sí misma)* Adrián, verás... yo también tenía sueños en el pasado. No soy una persona tan apagada como podrías pensar tú, que no tienes mucha estima hacia mí. Yo también era ambiciosa, a mi manera *(pausa)*. Y siempre he cultivado mis intereses y pasiones. En estos últimos años, por ejemplo, aparte de mi trabajo, naturalmente, me he interesado por los perros y por la cinofilia en general; he aprendido sobre este tema por experiencia personal y de una gran variedad de personas: criadores, adiestradores de perros, veterinarios... He asistido a cursos presenciales y en línea. Cuando había un curso en la zona solía ir. Para oír hablar a los profesionales, estaba incluso dispuesta a recorrer muchos kilómetros, y ni siquiera he desdeñado algunos cursos para voluntarios, por ejemplo para guardias zoófilos *(pausa)*. Hablo mucho, aunque en realidad ya lo sabes todo sobre esta pasión, ambición, modesto sueño mío... llámalo como quieras.

Escena tercera

Marina: ¡Mira quién viene, tu amigo Bruno viene a visitarte, a pesar de lo tarde que es! Será mejor que me retire a mis dependencias e intente dormir, ya son casi las once. Buenas noches.

Adrián: ¡Buenas noches! *(a Marina)* ¿Tú tampoco puedes dormir? *(riendo, a Bruno que se le acerca)*

Bruno: Todavía es temprano, aún no ha llegado la hora de dormir. Además, dudo que pueda conciliar el sueño hoy. La ansiedad me está carcomiendo, me siento nervioso. Así que salí a pasear por este pueblo ahora desértico y pasé por aquí. Después de todo, tardo unos diez minutos en llegar.

Adrián: Es cierto, siempre hemos sido una especie de vecinos.

Bruno: Ah, esta noche estoy invadido por la ansiedad, porque desconozco lo que me espera al día siguiente *(sacude la cabeza y luego se tapa la cara con las manos)*. Mañana tendré mi primera entrevista de trabajo en una empresa que fabrica equipos para gimnasio, cintas de correr en particular. Tú mismo la conoces, tiene su sede en la capital y una pequeña sucursal aquí. Mañana, además, llegará aquí el hijo del director que, según tengo entendido, se instalará en la zona durante algún tiempo. Tendré que hablar con él y estableceremos los términos del contrato que me han propuesto. Es normal que me sienta así, ¿no? Al fin y al cabo, sólo soy un estudiante de biología al que le apasionaba el atletismo, tengo veintitrés años, tengo tan poca experiencia... y sobre todo me siento incómodo en este mundo de empresarios. Todavía me siento tan ajeno a él, pero ya me acostumbraré, ¿no crees?

Adrián: No sé si te acostumbrarás, espero por ti que no, porque eres una persona inteligente y te merecías algo mejor que trabajar para una empresa de máquinas deportivas. Verás, si no fueras una

persona brillante, me alegraría por ti, pero este no es el caso... Y estoy bastante seguro de que tú mismo esperabas algo más de ti, de que la gente que te conoce de verdad se esperaba algo más de ti, ¿no es así?

Bruno: Sí, así es, desde luego que es así (*en tono triste*)... Y lo que te he contado no es todo; no sólo tomé la decisión de intentar integrarme en esta empresa aceptando este contrato, sino que también decidí dejar el deporte para siempre, dejar de competir.

Adrián: No tenía ni idea (*sorprendido por la noticia*); ¿pero cuándo tomaste esta decisión? ¿Por qué no me lo habías mencionado hasta ahora? Al fin y al cabo, nos conocemos de toda la vida y hemos sido compañeros de entrenamiento durante muchísimos años. Admito que me tomó desprevenido...

Bruno: Sí, durante muchos años entrenamos juntos y nos hicimos muy buenos amigos (*asintiendo con la cabeza*). ¡Qué casualidad que nuestra pequeña ciudad tenga un equipo de atletismo tan prometedor a nivel nacional e incluso más, y que hayamos tenido la oportunidad de compartir tantos momentos juntos! (*pausa*) Por lo que respecta a tu pregunta, aún no te había revelado que iba a dejar el deporte porque no era fácil, especialmente a ti. Sí, especialmente a ti me resultaba dificultoso insinuar este cambio que me he propuesto hacer. Tú eras de los pocos que aún no lo sabían.

Adrián: ¿Pero a qué se debe este cambio? Sigo sin entender.

Bruno: Cambio, los dos lo llamamos "cambio", aunque no sé si es correcto denominarlo así, porque en realidad no es algo que me propusiera cambiar, en absoluto. Diría más bien que he evolucionado hacia una nueva realidad que no estoy seguro de que me haga feliz; simplemente me he dejado llevar por las sensaciones, por las intuiciones. Antes hacía atletismo; corría, entrenaba, competía, pero con el paso de los años, poco a poco, esa alegría inicial fue menguando. Los entrenamientos se convirtieron en algo cada vez más parecido a una gris rutina, algo que había que hacer todos los días y tremendamente común; cuando ganaba, me sentía feliz, pero era, en cualquier caso, una satisfacción llena de indiferencia, porque ni siquiera yo sabía ya con exactitud a qué me dedicaba, por qué razón consagraba tanto tiempo al deporte, qué intentaba demostrar realmente.

Adrián: ¿Demostrar? Uno hace deporte porque se divierte, no para demostrar algo, y si uno quiere demostrar algo es precisamente porque se divierte con lo que hace que...

Bruno: Basta con esos juegos de palabras, ya que hoy estoy de bajón. Además, repito que ya soy consciente de que me he vuelto tal cual un marinero que sigue zarpando todos los días para ir a pescar, que viaja constantemente, a pesar de que ya haya perdido el amor que sentía por el mar y ya ni siquiera pueda sentir el viento oceánico rozando su piel (*pausa, Bruno se pasea pensativo*).

Adrián: Y pensar que el deporte te gustaba más que a mí... A mí siempre me ha gustado practicar atletismo, pero nunca pude presumir de tener la pasión con la que tú competías. ¿No te resulta casi irónico?

Bruno: Sin embargo, ahora he "cambiado" en cierto modo.

Adrián: ¿Tú crees? Una persona brillante no se vuelve obtusa de la noche a la mañana. Sinceramente, tus principios, tu forma de pensar, siempre han sido los mismos. Sería inverosímil afirmar que han

cambiado; te conozco desde hace mucho tiempo y me permito hacer tal afirmación. Nunca has sido de esas personas que un día creen en algo y al día siguiente creen en todo lo contrario.

Bruno: Tal vez. Supongo que es imposible cambiar mi forma de pensar; como tú has dicho, ambos sabemos que no he dejado de creer en lo que creía antes. Sin embargo, algo ha cambiado en mí. En alguna parte, evidentemente, cedí. Porque el Bruno de hace unos meses atrás era mucho más real y auténtico que el de ahora, acá, ante ti.

Adrián: Algo cedió en ti. En otras palabras, esto significa que permitiste que tus sueños se hundieran poco a poco y te apartaras cada vez más de ellos, ¿no es así?

Bruno: Algo así. Me di por vencido, sacrifiqué algo que me importaba, algo que realmente tenía un significado para mí. Desistí de mis sueños y me adapté (*reflexiona consigo mismo, da la impresión de que se confunde cada vez más*). Un sueño, ¿qué significa tener un sueño? ¿Hay lugar para los sueños en nuestra actual y codiciada sociedad? Si abres un diccionario, probablemente un sueño se defina como una esperanza o un deseo vano e inconsistente; “no se puede vivir de sueños” es la típica frase que varias veces te echa en cara la sociedad, ¿no es así? Se interpreta como una fantasía, como un anhelo. Sin embargo, hay que aclarar que no es esto a lo que nos referimos cuando hablamos de un sueño; para nosotros un sueño es algo mucho más tangible, real... es una especie de aspiración, un deseo de perseguir un ideal, de concretar y materializar nuestra forma de pensar, de no transigir, de no ceder... Y cuando uno cede, ¿en nombre de qué lo hace? Porque cuando uno desiste de sus sueños, está entregando algo de sí mismo a la banalidad y al conformismo del mundo. Está, en otras palabras, perdiendo una parte de su libertad.

Adrián: Y cuando uno cede... ¿en nombre de qué lo hace, te preguntas? Interrogante de los interrogantes. No es fácil responder a tal pregunta. Quizá sea en nombre de una vida más sencilla, con menos complicaciones, con menos hostigamiento interior; o quizá simplemente sea para evitar formularse demasiadas preguntas. Los términos “aceptar” o “adaptarse” ya lo dicen todo: adaptarse significa dejar de hacerse preguntas, dejar de resistirse. ¿No te parece? Con esto no estoy afirmando que haya un camino cándido que si uno lo elige se convierte automáticamente en una persona elegida, en un individuo superior; porque todos los caminos están parcialmente podridos, todos, por fuerza, desde el primero hasta el último. Sólo estamos tratando de descifrar y definir cuál de ellos es ligeramente mejor y cuál es ligeramente peor. Sólo se trata de encontrar un camino convincente e intentar siempre dar unos pasos adelante y, en la medida de lo posible, mejorar. Mejorarse a uno mismo y, al mismo tiempo, mejorar la sociedad.

Bruno: (*camina, reflexiona*) Entonces, en definitiva, ¿afirmas que hay una gran diferencia entre hacer deporte profesional como hacíamos hace unos meses e ir a trabajar para una empresa de máquinas deportivas? (*confundido*)

Adrián: No, no lo creo. Entre hacer deporte para recibir un salario e ir a trabajar para una empresa deportiva por la misma razón, no creo que haya una diferencia abismal. Si se consideran actividades en

sí mismas, ambas son sumamente irrelevantes e insignificantes; creo que ambos somos conscientes de que es imposible cambiar o perfeccionar el mundo únicamente a través del deporte o de la venta de máquinas deportivas, y que lo que importa es más bien hasta qué punto uno está dispuesto a rendirse, “a corromperse”, o si por lo contrario uno consigue comunicar algo a través de esa actividad, como intentábamos hacer nosotros a través del deporte (*pausa prolongada*).

Bruno: Quizás, en estos momentos, la razón por la que estoy atravesando un momento de aflicción y angustia no es tanto porque haya dejado de competir y haya aceptado un trabajo gris, estático y rutinario; sino más bien porque poco a poco siento cada vez más que estoy cediendo en mis ideales y que ya no soy capaz de llevarlos adelante por mucho que siga creyendo firmemente en ellos.

Adrián: Sí... presumo que ese sueño que antes compartías conmigo de mantenerte lo más libre y “limpio” posible, ahora te resultará cada vez más complicado de perseguir, independientemente de la actividad a la que te dediques. Casi parece que has perdido el espíritu adecuado con el que abordar tu vida. ¿Acaso simplemente no podrías desenterrarlo y recapacitar?

Bruno: No tengo la menor idea, simplemente a cada minuto que pasa me siento más angustiado y, sobre todo, confundido. Extremadamente confundido. Cuando uno ya no es capaz de llevar adelante aquello en lo que cree, es como si empezara a limitarse a sobrevivir, a vivir una vida amorfa, y eso me asusta; ¿será posible que yo quiera eso? ¿Será posible que ya no tenga fuerzas para llevar nada adelante?

Adrián: Quisiera poder ayudarte, porque esta pasividad actual que te invade te llevará a aceptar cada vez más la podredumbre, a transigir contigo mismo, con los demás y a ser cada vez más hipócrita, si se presenta la ocasión. E hipócritamente olvidarás o fingirás olvidar tus ideales pasados que antes te exigían ciertos comportamientos, independientemente de a lo que te dediques (*pausa*).

Bruno: Verás Adrián, simplemente me pregunto en qué momento de nuestras vidas fuimos más honestos y fieles a nuestros ideales, por así decirlo, y menos hipócritas (*reflexiona*).

Adrián: En lo que a mí respecta, puedo replicarte con precisión qué límites de podredumbre consigo tolerar, aceptar. En cuanto a ti, en cambio, ya no lo sé; si me hubieras hecho esta pregunta hace unos meses, sin duda habría sabido responderte, pero ahora ya no puedo. Tengo ante mí a una persona totalmente distinta, que ya no cree en sí misma... o que simplemente se ha propuesto olvidarse de sí misma.

Bruno: Olvidarse de sí misma, y volverse como los demás, como uno de tantos; ¿no es así? ¿Acaso no es éste uno de los males de nuestro mundo civilizado, es decir, el olvidarse lo más posible de la propia personalidad, de quién es uno realmente, y dejar que con el tiempo los propios valores se desvanezcan? Y, una vez más, ¿en nombre de qué?

Adrián: A estas alturas, creo que lo sabes tú mejor que yo (*pausa*). Y ahora, ¿qué vas a hacer?

Bruno: (*ríe, descorazonado*) Asumo que ahora el marinero seguirá saliendo en su barco a pescar, todos los días; pero ahora, indiferente a todo, ni siquiera se percatará de que ya no navega en alta mar, sino en una piscina que se está pudriendo. Y dejará, sin importar el lugar en el que se halle, que las manecillas

avancen, para luego, sin jamás arrepentirse, navegar por las mismas aguas al día siguiente, hasta que un día, indefinidamente, sobrevenga la muerte física y ponga así fin a su futilidad (*pausa*). De todos modos, olvidemos el camino a cuyo rumbo me estoy embarcando. Siento que mis palabras se vuelven cada vez más deprimentes, más penosas... Así que hálame de ti, ¿qué supones que te deparará el futuro?

Adrián: Difícil de decir... Nunca he sido de esas personas que planifican todo con demasiada antelación, sino que más de las que dejan las puertas abiertas a lo que la vida puede ofrecerles y a lo que puede interesarle y despertar su curiosidad. Como bien sabes, no soy un filántropo y hasta cierto punto yo también soy una persona egoísta y egocéntrica, como todo el mundo; al fin y al cabo, sólo intento llevar adelante unos valores éticos que defiendo, ¿es eso poco? Quizá sí, no es mucho. Podría prodigar algo mio para conseguir mucho más en la vida. Sin embargo, ser consciente, en la medida de lo posible, de que soy una persona ética y coherente me hace, en cierto modo, feliz, saciado, y no dejaré que eso se hunda... nunca. A lo largo de toda mi vida...

Bruno: La tuya es obviamente una aspiración modesta, por así decirlo, pero no fútil, ni mucho menos. Desde luego, también fue la mía en algún momento de mi vida. Perseguir este camino, sin embargo, es arduo, y es por eso que personas semejantes a envoltorios de regalo con un lazo existen de sobra en este mundo. Asimismo, perseguir esta aspiración tuya de ser una persona ética, de principios... ¿aspiración? ¿sueño realizable? ¿cómo deseas que lo nombre? hace que tu vida, en ciertas ocasiones, se vuelva excesivamente abstrusa. Una persona que tiene sueños difícilmente tiene un futuro y tarde o temprano acaba hundiéndose, se rinde, reniega de todo.

Escena cuarta

Marina: Exacto Bruno, es inútil inventarse dolores de cabeza cuando todo podría ser extremadamente sencillo y, además, suficiente para hacernos felices. Buenas noches.

Bruno: Buenas noches.

Marina: ¿No estás de acuerdo? (*a Adrián*) Si tan solo pudieras tomar de ejemplo a tu amigo aquí presente, te facilitarías la vida; al fin y al cabo, está hecha para dedicarse a actividades que te apasionan y que te hacen disfrutar, sentirte feliz, ¡no está hecha para sufrir y pasar el día amargado como tú haces a menudo, Adrián! (*pausa*)

Adrián: ¿Nos estabas husmeando, Marina? ¿Acaso no es así? (*sarcástico*)

Marina: (*impertérrita*) A veces hay que saber transigir. La vida misma también está hecha de esto, y lo aceptas simplemente por una cuestión de prac-ti-ci-dad; además, no por esto nos convertimos en monstruos, en personas amorales, sino más bien en personas prácticas.

Bruno: ¡Quién sabe, Adrián! Tal vez, después de todo, fuimos demasiado intransigentes en el pasado, y existen también muchas otras formas de llevar adelante los propios sueños y sentirse serenos, sin

necesidad de ser justamente demasiado intransigente, ¿no crees? (*mintiendo, con voz hipócrita*) O tal vez, en realidad, no busco más que un sinfín de excusas, atenuantes....

Marina: (*sin prestar atención a nadie*) Intransigente (*se ríe sola*)... Mi desgraciado hijo, a fuerza de no ser complaciente en casi nada, se ha convertido en una especie de religioso que no piensa en otra cosa que en la intransigencia, la abnegación, la redención... Es como si no quisiera sentirse feliz y se privara él mismo de la felicidad que se le ofrece. Adrián padece el síndrome del temor a la felicidad. ¡Cosa rarísima en este mundo! ¡Pues nunca en mi vida he oído a nadie decir que no desea sentirse feliz, y sin embargo él sí! Ah Bruno... (*mirándole*) ayúdame a hacer que entienda este concepto (*Bruno guarda silencio*). No hay por qué pasarse toda la vida en abstinencia; ese no es el sentido de la vida. En todos los contextos, está permitido hacer excepciones para no dejarse abrumar por la aflicción. Todos hemos leído fragmentos de la Biblia y estamos familiarizados con su contenido a grandes rasgos, ¡pero esto no significa que debamos seguir absolutamente todo lo que está escrito en ella! Más bien hay que tomarla como una directriz general y seguirla en lo posible, de modo que si en determinados contextos es imposible inspirarse en ella, habrá que vivir con ello.

Bruno: Abstente de pronunciar semejantes palabras, Marina, tu hijo no desea entender (*serio*). Y en cuanto a mí, me temo que ya he entendido demasiado bien a qué aluden tus discursos y cuáles son tus aspiraciones en la vida (*Marina está molesta*).

Marina: (*a Bruno*) Que no sea su deseo entender lo que le estoy sugiriendo no me incumbe. Es, sin embargo, mi deber hacerle entender que así no puede seguir. Tiene que ingeniárselas para darse cuenta de lo mucho más conveniente que es ser una persona ligeramente más práctica y, al mismo tiempo, más feliz y despreocupada. Como tú, Bruno.

Bruno: Sin embargo, en esto exageras. Adrián no es una persona tan abstracta y etérea como ahora desearías que se creyera; él también es una persona práctica y, quizás, a veces, lo sea incluso demasiado. Sólo contempla el hecho de que trabaja en este lugar, que estudia en la universidad, que practicaba deporte y muchas otras cosas tangibles; yo no creo que se le pueda definir como un individuo abstracto y, encima, abatido, como tú aseguras.

Marina: Me refería a otro tipo de practicidad; es decir, a aquella con la que te enfrentas a los problemas de la vida sin embarcarte en un sinfín de reflexiones, de cómo te relacionas con tus sueños, con tus estados de ánimo o con las otras personas. Mi hijo, por ejemplo, no es tolerante con nadie, es cerrado de mente, ¡existe él mismo y nadie más! (*Pausa, permanecen en silencio unos instantes*)

(*a Adrián*) Hazme el favor de llamar a la pizzería de enfrente y pedir una pizza para llevar. Estas discusiones banales me aburren (*con superioridad, irritada*). Convendrá tomarnos una pausa y tratar de distraernos (*se asoma para ver si la pizzería sigue abierta*). Sí, el local da la impresión de que aún no ha cerrado. (*Adrián habla por teléfono, luego Marina reanuda la conversación, impertérrita*) Pues eso Adrián, deberías tomar ejemplo de mí, que disfruto de la vida, que intento aprovechar al máximo cada momento, en lugar de desperdiciar siempre un sinfín de oportunidades como haces tú, declinando

ofertas de trabajo, nuevas amistades y demás, y te pasas el día con el ceño fruncido. Yo temo a la muerte, o, más bien, la respeto, porque me gusta la vida, la adoro, y quiero llegar al menos hasta los noventa años dedicándome a lo que más me apasiona, dejándome guiar por mis instintos.

Bruno: ¡Exageras de nuevo! Tu hijo también es feliz, sólo que no lo demuestra, él no demuestra nada. No es una persona expresiva, emocional, efusiva. Es todo lo contrario a ti, siempre se contiene. Pero eso no quita que, en determinados momentos, él también pueda sentirse feliz. Y tal vez por razones diferentes a las tuyas *(mira a Adrián sonriendo, luego sacude la cabeza)*. Honestamente, ni siquiera me atrevo a decir quién de ustedes dos es más cerrado de mente y terco. *(Adrián se muestra indiferente ante este diálogo. Da la impresión de que ya se lo sabe de memoria. A continuación, los tres se abandonan al silencio y esperan, cada uno mirando en una dirección distinta, a que les entreguen la pizza)*.

Escena quinta

Repartidor: Aquí está la pizza.

(Marina agarra amablemente la caja de la pizza, luego saca la cartera para pagar; el repartidor, mientras tanto, luce tremendamente alegre, se mueve casi a trompicones, está eufórico; Marina se fija especialmente en él y se queda intrigada)

Marina: Aquí tiene. *(El repartidor sonríe)*

Repartidor: Perdonen esta alegría que tengo, pero esta noche me siento casi eufórico. ¿De verdad no sienten curiosidad por saber por qué razón me siento así y no desean compartir esta felicidad conmigo?

Adrián: *(mintiendo, en tono sobrio)* En una futura ocasión, tal vez. Hoy ha sido una jornada extensa y dolorosa para nuestra familia. Es un día de luto y deseáramos un poco de quietud. Le rogamos que nos comprenda y nos dispense de su...

Marina: *(a Bruno)* Pero ¿ves cómo es? ¿De verdad no intuyes que su nivel de tolerancia es casi nulo? ¿Y que sólo existe él mismo y nadie más? No desea correr el riesgo de que la felicidad de otros se le contagie. Desde luego, ¡es el síndrome del temor a la felicidad! *(amonestando a su hijo con la mano, luego se dirige al repartidor)*. Díganos, por favor, ¿qué le ha pasado últimamente que le ha puesto de tan buen humor? Créame, nos quedamos todos intrigados y nos encantaría escuchar un esclarecimiento sobre este asunto... *(El repartidor se anima)*

Repartidor: Pues me siento así porque mañana lunes es el día en que me gradúo y, después de eso, por fin podré empezar a trabajar como psicólogo. ¡Y poder presumir de tener un título universitario es algo estupendo! *(está entusiasmado)* ¿Sabían que los licenciados ganan de media un 40% más que aquellos que no lo son?

Marina: ¡Ah! ¡Nos alegramos mucho por usted! Lo felicitamos de todo corazón *(aplaude)*.

Repartidor: Pero que nadie me malinterprete: a mí me agrada mi trabajo actual; llevo años trabajando en la pizzería de enfrente, y es fantástica. Preparan platos ligeramente distintos cada semana. Además, conozco a todo el mundo y me he creado mi propio círculo de amigos-conocidos. Así que...

Marina: ¿Así que...? *(le alienta)*

Repartidor: Así que ahora que por fin voy a poder ejercer como psicólogo, lo haré simultáneamente con mi otro trabajo, lo que significa que, pase lo que pase, seguiré trabajando en la pizzería algunos días a la semana. ¡Y no tanto porque esté obligado, sino que porque realmente quiero que así sea! Ah, pero ahora, poder preciarse de tener un título es... ¡algo totalmente distinto! Se ha abierto un nuevo cielo ante mis ojos. Créanme, incluso cuando uno va al retrete, ¡hay diferencia si tiene un título o no! *(sonríe, tremendamente altivo)*.

Marina: Sin duda, estar en posesión de un título universitario es algo importante: algo común, pero que al mismo tiempo te distingue de todos los demás no titulados, que, en mi opinión, ni siquiera son dignos del apelativo de "individuos"...

Repartidor: ¡Le agradezco! *(pausa)* Y en cuanto a su hijo, no se preocupe por su temor a sentirse feliz, ya verá que se soluciona... poco a poco todo se irá arreglando, ¡no tenga miedo! ¡Con calma!..

Marina: ¡Ja! *(soberbia, dándolo por imposible)*

Repartidor: No, no se deje invadir por el pesimismo, señora. Todo se solucionará *(pausa, reflexiona)*. Mientras tanto, permítame que le aclare que lo que usted acaba de denominar "síndrome del temor a la felicidad" no es, para nosotros los expertos, más que querofobia. Y querofóbicas son todas aquellas personas que, temiendo experimentar emociones agradables, de forma más o menos consciente *(lanza una mirada a Adrián)*, adoptan conductas de autosabotaje para protegerse *(pausa. Luego, reanudando el discurso, hace un gesto con las manos como para que su explicación sea lo más prosaica posible)*. En la práctica, las emociones comúnmente consideradas positivas son vividas por el querofóbico como un momento de extrema vulnerabilidad. ¿Me entiende? Tenga paciencia y, sobre todo, fe. Y ahora, buenas noches *(se despide alegremente y, con apresuramiento, abandona la recepción)*.

Escena sexta

Marina: Dado que es tarde (serán las once y media ya), optaré por irme a comer mi pizza arriba, y les dejaré a ustedes jóvenes el privilegio de conversar en privado, sin mi aplastante presencia *(pausa)*. También porque conversar contigo *(a Adrián)* es sumamente inútil, por lo que sería casi superfluo que permanezca aquí. *(reflexiona)* Además, las conversaciones, en la mayoría de los casos, no tienen mucho sentido, porque se componen de palabras y nada más, mientras que lo único que importa son los hechos - cómo uno consigue vivir. Es casi inútil dialogar sobre temas serios: las palabras no son prácticas.

Adrián: ¡Buenas noches!

Bruno: ¡Buenas noches, ha sido un placer conversar contigo!

(Marina se acerca a Bruno y, a modo de despedida, le da un beso en la mejilla, luego se marcha con indiferencia)

Bruno: ¿Así que las palabras no son prácticas? *(asombrado)*

Adrián: Yo, por lo menos, las considero prácticas en cierto sentido, porque son ellas las que definen a una persona, que delinear su forma de pensar, su carácter y te dan la posibilidad de imaginar, entre una serie de posibilidades, qué comportamiento puedes esperar de un individuo con el que has tenido una larga conversación. En mi manera de ver las cosas, las palabras son el punto de apoyo o, mejor dicho, de partida de las personas. En cuanto al resto, la parte práctica - es decir, la forma de actuar de una persona de la cual hablaba mi madre hace un momento -, me temo que no consigue despertar mi atención, me es indiferente o casi. Es como algo adicional, nada más.

Bruno: Entonces, ¿percibes a las personas como palabras? O, ¿cómo las definirías?

Adrián: Algo parecido, palabras, o pensamientos (que a veces, por desgracia, hay que ponerlos en práctica), una miríada de formas diferentes de ver la vida, de interpretarla, de abordarla. La parte práctica, en mi opinión, es en cambio algo muy reducido. Y, aunque confieso que no consigo ser una persona extremadamente abstracta a todas horas del día, admito tener preferencia por la abstracta practicidad de las palabras antes que por la practicidad de los hechos y de las circunstancias (*pausa prolongada, luego retoma el discurso*). Yo, por ejemplo, si tuviera que conocer a una persona, conversaría extensamente con ella; dejaría incluso que fuera ella quien decidiera de qué tema hablar - por superficial o profundo que sea, eso es lo de menos. Escuchando sus discursos, intentaría prestar toda la atención posible a cómo se expresa, a qué términos utiliza y, con el tiempo, intentaría percatarme de sus incoherencias, cuáles son los puntos que más la confunden y, sobre todo, procuraría entender qué significa la vida para ella. Esto es lo más importante que debemos descubrir en una persona, ¿no crees?

Bruno: Coincido con lo que dices (*pausa*). En efecto, como tú me señalabas, observar una viñeta representando a qué se dedica una persona en su vida cotidiana no es algo tan exhaustivo como podría serlo si se nos diera a conocer cuál es la forma de pensar de dicho individuo, porque un sujeto puede comportarse de una determinada manera en ciertas ocasiones, pero a nosotros siempre nos faltarán ciertos detalles acerca de por qué razón actuó así; su forma de pensar, en cambio, en caso de que se nos dé por descubrirlo, es algo mucho más teórico, abstracto y, al mismo tiempo, tangible (*pausa*). Ahora, de todas formas, será mejor que te deje con tu trabajo. Intentaré irme a dormir y me esforzaré por conciliarme con mi nuevo "yo", sin sueños.

Adrián: ¡Suerte! (*sonríe, tiene cara de sueño*)

Escena séptima

(*Adrián hace un gesto con la cabeza para saludar a Eluney que se le acerca*)

Eluney: Lo único agradable de esta noche es que en nuestra pequeña ciudad, a pesar de que es verano y a veces en esta época las calles se abarrotan de gente festiva, hoy reina la tranquilidad. ¿No es increíble? ¿No te transmiten paz estas calles desiertas? (*lo agarra del brazo y lo arrastra al vestíbulo del hotel*)
Observa, no hay ni un alma...

Adrián: Me transmiten paz, por supuesto, de la misma manera que a ti. Pero, sobre todo, me siento feliz de verte, de poder conversar contigo, porque eres mejor que todo lo que me rodea. Tu amistad me es muy entrañable, quizá más que cualquier otra cosa en el mundo. En cuanto a las calles de enfrente, la ausencia de gente transitando por allí, no sólo me transmite tranquilidad - en el sentido de que nadie me molesta -, sino también inquietud, una sensación de profunda desesperación, si he de ser sincero *(desconcertado)*.

Eluney: ¿El vacío te desalienta? ¿Una larga y desierta avenida arbolada te inquieta? *(ríe con sarcasmo)*

Adrián: Sí, tú te ríes, Eluney... Tu risa está llena de escarnio hacia mí, pero la verdad es que te sientes exactamente igual que yo; es más, puede que tu dolor sea incluso más profundo que el mío. Y lo único que te gustaría es poder olvidar, borrarte, enajenarte de todo... no tener que formar más parte de nada, de nadie...

Eluney: *(vuelve a hablar de forma más terrenal y sincera)* Desgraciadamente es así. En un momento dado de la vida, uno podría incluso ilusionarse con que una avenida desierta es la salvación. Te despiertas en medio de la noche, sales a toda prisa de tu casa y te pones a correr por las calles desiertas de nuestra ciudad, haciéndote la ilusión de que durante unos instantes de tu miserable existencia te sientes libre, libre por fin de todo el mundo, de cualquier obligación, de cualquier imposición, de cualquier hipocresía. Te sientes la primera y la última persona sobre la tierra, como si nadie más existiera, cuando en realidad no se trata más que de un momento muy momentáneo de libertad ficticia, que forma parte de una ilusión; porque somos conscientes de sobra que no corremos libremente por las avenidas de una ciudad, sino por los pasillos nocturnos de un manicomio - momento en el cual cada paciente está encerrado en su propia habitación *(ríe, triste)*. Un ejemplo estúpido, en cualquier caso, puesto que los manicomios ya no existen.

Adrián: No te preocupes, porque, al fin y al cabo, los manicomios siguen existiendo, sólo que ahora, en los tiempos que corren, se les llama con otro apelativo enmascarador; hospital psiquiátrico le decimos ahora, ¿no es cierto? Es un poco como el Ministerio de la Guerra que, con el paso de los años, se ha convertido en el Ministerio de Defensa *(pausa)*.

Pareciera casi que cuando logramos cambiar un nombre eso pudiera considerarse un logro, y, a fin de cuentas, puedo incluso aceptar que la gente se regocije de este éxito diplomático como un fin en sí mismo; pero si se jactan de ello, de que cambiando una apariencia han logrado por fin abrir las puertas a la edad moderna, siento que hay algo que no comprendo, y solo me sugiere el momento en que la humanidad ha alcanzado el coronamiento de su ridiculez. Para mí, ésta no es otra cosa sino la edad moderna de finas paredes de cartón, tras las cuales se esconden, en su mayoría, seres primitivos, que, ¡desde luego!, tienen la presunción de ser personas modernas.

(Ambos toman asiento en el mostrador de la recepción)

Eluney: ¿Hasta qué hora piensas trabajar?

Adrián: Me quedo acá hasta las seis de la mañana.

Eluney: Entonces tendremos tiempo para conversar... *(ríe tristemente. Adrián asiente y apoya la cabeza en el mostrador de la recepción)*

Adrián: Volvamos pues a nosotros, a nuestras conversaciones... Después de todo, ¿qué momento podría ser más propicio para hablar que el que se nos presenta?

Eluney: Correcto. Verás, Adrián, *(con ímpetu)* ahora tengo veintitrés años; antes, había demasiadas cosas que me confundían, me desconcertaban, no conseguía aclarar mi mente en absoluto; últimamente, sin embargo, tengo la impresión de haber llegado a una conclusión muy objetiva y razonable: en la ciudad todo el mundo camina del mismo modo y los discapacitados lo único que desean es poder caminar exactamente igual que nosotros.

Adrián: Idiota *(sacude la cabeza, luego ambos se ríen)*.

Eluney: El ejemplo es bobo, pero estoy de buen humor, difícilmente podría no estarlo contigo aquí presente. Además, no es mi voluntad hacerme la filósofa para explicarte un concepto tremendamente sencillo. Insisto en sostener que lo trágico de las personas es su forma de andar *(Adrián intenta contenerse de la risa, pero no puede)*; examinemos ahora la andadura de las personas: algunos caminan ligeramente jorobados, otros no, algunos caminan a buen paso, otros no, algunos llevan una bolsa de supermercado, otros un bolso de lujo, algunos caminan con un paso más rebelde, otros con uno más pasivo, expresivo o lánguido... Hay infinidad de variantes, ¿verdad? Todas con sutiles diferencias. El problema, sin embargo, es que todas estas variantes ya están definidas, predefinidas. ¿Cuándo empezaremos a romper esta rutina de clasificar y catalogar? Casi nunca se considera la hipótesis de que pueda existir un andar verdaderamente nuevo, ¿no es así? Una persona con un caminar nuevo se convertiría en un ser invisible. Sería tratada igual que una sombra, un fantasma, y no se le haría caso y, en caso de que insistiera en ostentarse, la llevarían apresuradamente al manicomio del que hablábamos hace un instante, o se tomarían medidas preventivas muy similares para que no influya en la sociedad *(lo agarra del brazo y lo sacude)*. Hablando de locos, en cualquier caso, hay igualmente poco de lo que sentirse satisfechos porque existe la misma carencia de innovación en su círculo. Si pudiera existir un manicomio de locos innovadores, al menos, se produciría un cambio, pero me da la impresión de que ellos también se obstinan en comportarse así, según las directrices del manual titulado: "Manual completo para convertirse en un loco"; si viéramos de vez en cuando a un loco innovador, quizá al menos nos sacudiríamos este tedioso aburrimiento que se ha instalado en todo nuestro mundo civilizado *(Adrián escucha)*. Y, por desgracia, eso es exactamente lo que me está pasando en la universidad últimamente. Como sabes, estoy en mi último año de Derecho y estoy escribiendo la tesis final; los profesores nos invitan constantemente a escribir una tesis innovadora, que tenga algo nuevo, algo "personal". Sin embargo, no nos piden que seamos in-no-va-do-res, en el sentido literal del término, sino que en realidad sólo nos exhortan a que seamos innovadores dentro del ámbito de la innovación - del cajón que lleva esa etiqueta. Luego, ni que decir que quienes son capaces de seguir ese

camino pueden, por supuesto, permitirse soñar con tener éxito y ser reconocidos por el mundo. Si uno desea tener éxito o, mejor dicho, ser apreciado, me temo que no existen otros caminos.

Adrián: Soñar un sueño ajeno, es decir, lo que ya te han etiquetado y propuesto soñar. ¿No te resulta una perspectiva hechizante? *(comenta irónicamente)* Sin embargo, miles de personas aprecian que sea así. Por muy enrevesado e incomprensible que pueda parecer, a muchos les gusta que los engañen: de este modo, se ilusionan con que son innovadores y con que tienen sueños, cuando en realidad no son sueños propios y son cualquier cosa menos innovadores.

Eluney: Sí, algo así *(pausa)*. Y yo no deseo soñar un sueño ajeno, no siento la necesidad de que la sociedad me muestre el catálogo de sueños que ofrece y elegir uno. Deseo soñar mis propios sueños, y los de nadie más. Además, aparte de ser sueños ajenos - como justamente decías tú -, creo que ni siquiera se los puede calificar como sueños *(pausa, luego finge estar actuando)*. Abres el catálogo y le echas una ojeada: por casualidad, ¿sueña con abrir una heladería? *(lo mira a los ojos, burlándose)* “Apúntese a un curso y reciba así clases de hostelería. O bien, ¿desea realizar una obra de caridad? Venga acá, le enseñaremos a hacerlo enseguida y, puesto que para eso ha venido, también haremos todo lo posible para burlarnos de usted. Se lo garantizamos. Y también le garantizamos que usted, respetable ciudadano más que individuo, se sentirá satisfecho antes de morir de haber formado parte de este proyecto”.

Adrián: Es cierto, pero también hay que reconocer que si la gente sueña este sueño, que es el de ser burlados, no podemos tratar de influenciarla y obligarla a ser como nosotros, que somos partidarios del individualismo y no queremos sentirnos parte de nada y no queremos que nos atribuyan una etiqueta. Estaríamos cayendo más allá del ridículo si intentáramos disuadirlos, ya que son ellos mismos quienes tomaron esta elección.

Eluney: ¿Tan conscientes crees que son?

Adrián: Sí, creo que sí, que lo son. O, mejor dicho, cuando les resulta más conveniente mostrarse conscientes, lo hacen. De lo contrario, fingen no serlo, y perseveran consagrándose a una vida de contorsión e hipocresía total. Es más cómodo hacer así.

Eluney: En cualquier caso, el centro del problema no es si puedes o no ignorar a tales personas que desean que se les ofrezca el catálogo con la lista de sueños. La cuestión radica en que si no fueras tú quien acudiera a ellos, serían ellos los que irían a buscarte, a convertirme, dondequiera que te hayas atrincherado, y no te ilusiones con que te darán paz. Te ofrecerán, pues, indefectiblemente, el catálogo, a ti, como a todos los demás. Y entonces, ¿qué responderás?

Adrián: Intentaré oponer resistencia, supongo.

Eluney: ¿Por qué razón? ¿Cuál es la utilidad?

Adrián: Tal vez ninguna, pero eso no quita que yo tenga una conciencia. Y el hecho de que tenga escasas esperanzas no supone que me haya rendido. Al contrario, son dos cosas totalmente distintas.

(Adrián se levanta, se echa a andar, luego se detiene y mira a Eluney, que retoma la conversación).

Eluney: Verás, tengo realmente la impresión de que desde niños hacen todo lo posible para acostumbrarnos a la no claridad, a encontrar un arte capaz de convertir cualquier cosa transparente en una extensión envuelta en bruma, y que la raíz de todo problema es este deseo constante y desenfrenado de no claridad. Por otra parte, si hubiera una deficiencia de ella, uno no podría pavonearse de sentirse una persona segura de sí misma: desfallecería de repente esa seguridad de encontrar siempre una vía de escape, sea cual sea la situación en la que se encuentre *(pausa)*. Basta pensar en la educación, en las normas de cortesía; en apariencia, podrían parecer nimiedades, pero nuestra civilización vive de estas cosas, todos los días. ¿Por qué si me hacen una pregunta o me proponen algo, es preferible responder "sí", sólo por una cuestión de tacto o, precisamente, de cortesía? ¿Por qué en el lecho de muerte de una persona no puedo responder la verdad? ¿Tanto desean morir en paz antes que saber lo que realmente valen las personas que los rodean? ¿Anhelan tanto adjudicarse, comprarse una felicidad que no existe? ¿Tanto ambicionan a que las personas no los ofendan? Si todos fuéramos personas transparentes, directas, no hipócritas, me temo que la cortesía ni se nos pasaría por la cabeza inventarla. Sin embargo, hoy en día, se considera como un signo distintivo que denota una sociedad avanzada, sensible a estas sutilezas, ¡ah sí! Nos hemos convertido ahora en personas refinadas, o mejor dicho, evolucionadas... *(sacude la cabeza)* Hasta escriben libros acerca de este tema, realizan estudios detallados y publican sus conclusiones. Es casi una pena no haber estudiado lingüística, porque una rama de ella se ha hecho cargo de estudiar hasta qué punto estos individuos parecidos a cajas consiguen embellecerse mediante el embrollo de la cortesía. Ella, el lenguaje, las palabras, sospecho que no son más que un refinado subterfugio inventado para este fin, para facilitar esta maniobra sumamente delicada de engañarnos los unos a los otros... *(pausa)* Ahora, simplemente me pregunto, en nombre de qué nos permitimos mentirnos tanto y por qué razón es posible sentirnos tan contentos de tratarnos así recíprocamente. ¿Tanto miedo tenemos de ser nosotros mismos?

Adrián: Claro, un miedo desproporcionado. Cuando te invitan a ser tú mismo en un determinado contexto (dando por sentado que ya te han sugerido cuál debe ser tu personalidad) todo el mundo desea serlo. En otros contextos, no, es mejor no atreverse *(pausa)*. Escuchándote hablar de estos temas, hace un rato me acordé de un nuevo compañero de trabajo. Él también trabaja en este hotel, desde hace unas semanas. Al principio, era evidente que deseaba conocerme, dado que intentaba entablar conversación conmigo. Conocerme, es un decir, porque en realidad no quería conocerme ni mucho ni poco; solamente lo justo para ser buenos compañeros. Aunque en realidad podemos serlo tranquilamente sin saber del otro en lo más mínimo; lo importante es no molestarnos el uno al otro. Pero dejemos eso de lado. Me preguntó mi nombre, cuántos años tengo, preguntas a las que me hubiera gustado responder "lo he olvidado", tras lo cual recuerdo que comenzó a mencionar que le apasiona el cine. Y la primera pregunta que me formuló en relación con este tema fue: "¿Cuáles son tus películas favoritas? ¿Qué género te gusta?", y yo, que estúpidamente me impacienté, le respondí sin embargo en tono tranquilo: "¿Será posible que no consigas formular una pregunta sin ser tan directo?",

a lo que él me contestó algo así como: "Es que conociendo aunque sea vagamente cuáles son tus gustos, conseguiría entender mejor qué tipo de persona eres", ¿comprendes? Eluney, me doy cuenta de que es un ejemplo de poca monta, pero era para hacerte comprender que mi compañero no desea en absoluto conocer mi forma de pensar (cosa que hubiera incluso podido intentar descubrir conversando conmigo sobre cine), sino que más bien le interesa encasillarme y saber a cuál grupo pertenezco. Quién soy yo realmente, en cambio, a casi nadie le interesa.

Eluney: Era obvio que te respondería así. Quizá, en tu lugar, yo también me habría impacientado, porque a fuerza de escuchar siempre las mismas preguntas, la paciencia se colma. Sin embargo, ambos sabemos que, al fin y al cabo, no tiene sentido impacientarse o, mejor dicho, pedir aclaraciones sobre por qué razón actúan así. Sería irrazonable: de ellos no debes esperar nada.

Adrián: Lo sé, soy consciente de ello. Habría que apartarse lo más posible, pasar por alto lo que te dicen, esquivar, eludir a la mayoría de los individuos que desean una vida de este estilo. Sin embargo, como me hacías observar antes, es casi imposible. Son ellos mismos los que vienen a recogerte en dondequiera que tú estés. Por lo tanto, mi sueño de sentirme libre, de no transigir, de no ceder y adaptarme; o el tuyo de ser tú misma, de no soñar el sueño de los demás, de no sentirte como una pieza en un tablero de ajedrez, ¿qué pasará con ellos? Se convertirán todos en algo muy parecido a ilusiones, ¿no crees? *(pausa prolongada)* Con toda sinceridad, ¿adónde crees que te conduzcan ?

Eluney: ¿Cuál será el fin de mis sueños? ¿Acaso será posible cumplirlos, me preguntas? ¿Qué me aguarda en el futuro? *(risas)* El sueño de vivir siendo yo misma, de vivir mi vida, de hacer algo nuevo y ofrecérselo al mundo, supongo que me conducirá a recorrer una avenida desierta como ésta *(hace un gesto con la cabeza)*, que no llega nunca a su destino, con todas las personas mirando hacia las paredes interiores de sus moradas en lugar de asomadas a la ventana. Y aunque sea consciente de esto, continuaré en esta dirección en la mayor medida posible.

Adrián: Esperando siempre que esa avenida despejada sea realmente tu sueño, y no el de otra persona, y que no te haya engullido la máquina trituradora de sueños a ti también, sin que ni siquiera te hayas enterado.

Eluney: Exactamente *(pausa)*. Descorazonadora tiene que ser la ilusión de ser uno mismo, cuando en realidad uno no lo es y ni siquiera se entera de ello. En numerosas ocasiones me he preguntado quién soy yo realmente, cuáles son mis convicciones. La aprensión me invade cuando levanto la duda de que una parte de mí no es real, sino que más bien una parte que se ha corrompido por la sociedad, se ha adaptado. Establecer un límite preciso sobre cuánta influencia ella ha tenido en mí, me resulta arduo. Espero que lo menos posible *(pausa)*.

A propósito de convicciones, hace tiempo, una de ellas era que amaba infinitamente a Bruno. Sin embargo, en todo este tiempo, nunca se lo dije expresamente. No deseaba expresar mis sentimientos a través de términos que me pone a disposición la sociedad. Por desdichado que sea admitirlo, se nos enseña incluso cuál es la forma apropiada de amar a alguien; encuadrado ha sido ya el modo en que se

debe conocer a una persona, quererla, amarla; con reglas y condiciones bien precisas. Y yo no deseaba utilizar su término unívoco que define cuál es la forma apropiada, requerida, prescrita, de amar a una persona; deseaba dispensarme de todo eso y sustraerme a esta imposición: por lo tanto, guardé silencio *(pausa)*. ¿Y a Bruno, por casualidad, le interesó? ¿Pretendes hacerme creer que, debido a mi silencio, no se percató de nada? Lo habría amado como a un Dios, si él lo hubiera deseado, pero en su momento no quiso y, ahora, lo querrá cada vez menos. Bruno cambia cada vez más...

Adrián: Sí, lo sé.

Eluney: ¿A qué te referes? ¿Lo has visto recientemente?

Adrián: Sí, pasó por aquí justo hace un rato *(pausa)*. Te diré que no estaba de buen humor.

Eluney: Paciencia. Un mal humor, después de todo, no preocupa a nadie. Con el tiempo, se le pasará...

Adrián: Claro, es cuestión de tiempo, entonces, se le pasará *(pausa)*. Y, dentro de unos años, nos invitará a todos a su boda ¿No crees? Después de todo, somos sus dos mejores amigos, ¿podría acaso olvidarse de invitarnos? *(sacude la cabeza)*

Eluney: Prefiero ilusionarme y confiar en el hecho de que pueda olvidarnos.

(Eluney se levanta, se pone a caminar)

Bruno nos ha dejado asombrados. Te confieso que el solo hecho de pensar en él me produce cierto desconcierto, una sensación extraña que no desearía experimentar. Es un pensamiento constante que merodea por mi cabeza y que, por mucho que lo desee, no puedo apartar. Ver a Bruno, ahora, es algo que duele, profundamente. No tengo dudas, sin embargo, de que habrá un considerable número de personas que se alegrará por él, que lo felicitará por este cambio. Pero esto, por supuesto, no servirá de nada para aliviar el sufrimiento y el descontento de nuestro amigo.

Adrián: No, claro. Bruno es una persona inteligente y eso no lo va a reconfortar. Ciertamente, no se sentirá feliz al verse rodeado de una caterva de personas que le dan la bienvenida a este nuevo "mundo" en el que se ha adentrado, porque es consciente de que este cambio no simboliza sino el hecho de haberse resuelto a renegar de sí mismo en favor de algo distinto, que, justamente, lo reemplazará a él mismo. No ha de ser una sensación agradable.

Eluney: En efecto. Le espera un profundo conflicto interior *(pausa)*. Tengo la impresión de que, en el futuro, se mostrará cada vez más taciturno, al menos en nuestra presencia. Con los demás, quizá haga otro tanto. Nuestro Bruno, con su personalidad, se convertirá en algo cada vez más inconsistente, casi inexistente, y, en su lugar, no encontraremos más que muchos pequeños segmentos que no contienen características propias de él, sino de otros individuos.

Adrián: Sí, una persona taciturna, o mejor dicho, que privilegia el silencio, que se reniega a hablar; será un silencio, al principio, caracterizado por el desconcierto, la vergüenza, la decepción, desencadenado por la concientización de la elección que ha tomado, porque nadie lo obligó a hacer esa elección. Nadie. La responsabilidad es suya y únicamente suya. Y, sobre todo, me imagino que esa convicción que

mostraba, esa fuerza de voluntad de la que podía presumir meses atrás, ahora la veremos cada vez menos.

Eluney: ¿Que la responsabilidad es toda suya sostienes? *(pausa, luego en tono dubitativo)* Quién sabe cuántos de nosotros tenemos realmente ante nuestros ojos una elección que efectuar y si podemos permitirnos elegir entre adaptarnos o no adaptarnos. A lo mejor, la elección de no adaptarse no existe de veras: navegamos todos por las mismas aguas y la única elección que podemos efectuar realmente es hasta qué punto deseamos adaptarnos o, por el contrario, cuánto deseamos resistirnos.

Adrián: Por supuesto; sin embargo, en el caso de Bruno, no creo que fuera una elección de sumisión experimentada con desconcierto a la que se vio obligado a someterse. Tiene veintitrés años, la misma edad que tú ¿es posible que no pudiera permitirse hacer una elección mejor si él lo hubiera deseado? Naturalmente, no hay nada malo en adaptarse a lo que te proponen. Sin embargo, a nosotros nos parece curioso que él, por su propia voluntad, haya elegido justo este camino. Y en cuanto a nosotros... nosotros... *(sacude la cabeza)* nosotros no estamos en una situación tan diferente a la suya: yo, ahora, he aceptado temporalmente este trabajo. Tú, en cambio, estás estudiando en la universidad; pero no estamos satisfechos de encontrarnos en esta situación y estamos impacientes por que llegue el momento en que podamos salir y hacer algo diferente.

(Eluney vuelve a sentarse)

Eluney: ¿Cuánto tiempo crees que transcurrirá antes de que su conciencia empiece a darle paz y alcance una tregua interior? No debe ser fácil olvidar totalmente aquello en lo que creía antes, sus pensamientos, sus creencias...

Adrián: *(calla al principio)* Una tregua interior sobrevendrá con el tiempo, con el paso de los meses, de los años, en caso de que tenga mala suerte. Sin embargo, esta elección que ha efectuado, me temo que le dejará siempre un sabor un tanto amargo, porque estoy seguro de que a él también le resulta claro que, al emprender este camino, sus aspiraciones, sus esperanzas, lo abandonarán. Y, una vida sin ellas, ¿a qué se asemeja? *(habla prácticamente solo, como si no quisiera oír una respuesta)*

Eluney: A una vida que, lamentablemente, no estoy segura de que merezca la pena ser vivida. Nunca de este modo podrá sentirse verdaderamente realizado, ni verdaderamente feliz *(mira hacia el techo, como si ella también estuviera hablando sola)*. De ahora en adelante, no volverá a ser fácil relacionarse con Bruno, con una persona que ha hecho tal elección de vida. Lo miraremos a los ojos desalentados, con incompreensión, como deseando encontrar el coraje para preguntarle: "¿Por qué te sacrificaste a ti mismo?" Sin embargo, dudo que alguna vez hallemos la fuerza para hacerle una pregunta así de directa. Es más, puede que ya ni siquiera nos interese conocer su respuesta. No nos interesa... no, no es eso, es más bien que a estas alturas ya no tenemos el coraje, porque nosotros mismos nos sentimos confundidos tanto como él: nos damos cuenta de que hemos sido grandes amigos de una persona que, en pocos meses, se echó a ceder por completo, dejándonos con un vacío dentro de nosotros, dejando que el peso de la ambigüedad de la vida nos abrumara, nos afligiera, nos asombrara.

Adrián: ¡En efecto!.. Me pregunto, ahora, en qué se basará nuestra futura amistad. ¿Podremos continuar considerándonos sus amigos? Y él, más bien, *(ríe ligeramente)* deseará seguir considerándonos sus amigos? *(pausa)* Quizá sí, al principio sí... Con el tiempo, sin embargo, presumo que nos encontrará cada vez más incompatibles con su nuevo mundo y será él mismo quien tomará distancia de nosotros *(pausa)*. Por mi parte, en cambio, si por casualidad un día me pidiera un favor, no creo que se lo negaría, porque supongo que siempre sentiré un sentimiento de solidaridad, de afecto (si así se puede llamar) hacia él en nombre de los tiempos pasados, de la persona que una vez fue. Pero nada más, ya que aquella amistad que se basaba en una profunda admiración hacia él, de aprecio, de estima mutua, se habrá perdido totalmente. Me temo que a estas alturas se ha interpuesto una imponente distancia que nos separa de nuestro amigo... *(pausa)*

Eluney: Una distancia oceánica... *(pausa)* Bruno ha tomado un camino similar al de sus padres, eso es evidente. Me pregunto, además, hasta qué punto habrá sido una elección suya o qué tanto otros individuos de su entorno habrán conseguido prevalecer sobre él, ya que ambos somos plenamente conscientes de cómo sus padres y familiares siempre han hecho desgraciados intentos de persuadirlo para que se adaptara, y de cómo son las típicas personas precavidas que hacen sus planes paso a paso y no desean nada fuera de lo habitual, que se han rendido totalmente y que se limitan a contentarse con una vida del sobrevivir, que se engañan a sí mismos pensando que lo tienen todo bajo control al tener en las manos un esquema acerca de qué tareas tienen que desempeñar durante el transcurso de la jornada, cuando en realidad no tienen nada bajo control: un día les sobrevendrá. Entonces, todas sus rutinas, sus horarios, sus ropas más o menos formales, sus cortesías, sus pequeños planes, sus proyectos convencionales puestos en práctica sólo para disipar el aburrimiento, llegarán a su fin y, a su paso, no quedará nada: un desierto, desolado, nada más *(pausa)*. Al fin y al cabo, a sabiendas de cuáles eran las características de los familiares de Bruno, quizá justamente por eso lo admirábamos tanto: porque había conseguido desprenderse de ellos, elegir un camino propio, individual... Su inteligencia destacaba *(pausa)*. En cualquier caso, últimamente se advertía que se trataba de un "cambio" que deseaba poner en práctica; durante estas semanas, meses, cuando de vez en cuando nos encontrábamos y conversábamos en la universidad, percibía en sus palabras una propensión cada vez más fuerte hacia la otra orilla del río; a pesar de ello, reconozco que no creía posible que este hundimiento suyo pudiera, algún día, convertirse en algo real.

Adrián: De todas formas, tú no pareces tan extrañada como yo por este cambio de Bruno; es evidente que tú has tenido más tiempo para prepararte a enfrentarlo. Yo, en cambio, reconozco que no tenía ni idea. O, mejor dicho, alguna ligera duda había surgido en mí también, pero siempre había hecho todo lo posible por apartarla. No deseaba creer que pudiera tratarse de un temor real. Además, en estos últimos meses, por haber estado atrincherado, en cierto modo, trabajando y estudiando aquí, no he tenido la ocasión de frecuentarlo mucho. He esperado aquí, por lo tanto, hasta que se me volcó encima la verdad: esta noche Bruno vino a hablarme de todo esto, para "sacudirse un peso de encima". Yo hice

un embarazoso intento de suplicarle que entrara en razón, pero nada más; su cambio resultó drástico ante mis ojos hasta el punto en que ya ni siquiera sabía cómo actuar. Ahora sólo me queda guardar un doloroso silencio y dejar que los acontecimientos sigan su curso y que cada uno se posicione en la orilla que le resulte más seductora.

Eluney: A mí tampoco me han quedado muchas palabras. Siento que no tengo nada más que decirle: es perfectamente consciente de lo que desea en la vida. Cuando últimamente me encontraba con él, deseaba exhortarlo a exhumarse a sí mismo. Me apremiaba, además, señalarle que el contrato que se ha resuelto firmar no le traerá más que decepciones: de lo poco que me informé, tuve la impresión de que se trataba de una empresa cuyos gerentes no son personas honestas. Pero, en el fondo, aunque estuvieran podridos, ¿qué cambiaría? ¿Acaso al actual Bruno le cambiaría en algo o esto también lo aceptaría en silencio? ¿Hubiera tenido sentido intentar “ponerlo en guardia”? Me sentía estúpida, estúpida por mil razones. Guardé silencio y, me temo, que seguiré guardando silencio para siempre. Por otra parte, si no desea ser él mismo, ¿podemos acaso obligarlo a serlo?

Adrián: No, por supuesto, no nos está permitido (*pausa prolongada*).

A mí, si me ofrecieran participar en una actividad con personas que no son honestas, dudo que pudiera mantenerme pasivo. Difícilmente cedo, porque soy consciente de que si cediera aunque fuera una sola vez y aceptara algo que no me convence, o que no considero suficientemente honesto, dejaría de sentirme a gusto conmigo mismo. Por mucho que sea consciente de lo embrollado e inextricable que es nuestro mundo actual, y de la dificultad de establecer cuál es la definición de honesto y deshonesto, cuál es la vía más cándido y cuál el menos, intentaría, pese a ello, acercarme lo más posible a la verdad, a lo que podría ser el camino más honesto. En definitiva, siempre he tenido un deseo desenfrenado de transparencia, imparcialidad, objetividad. Y estoy seguro de que en la situación en la que Bruno ha deseado encontrarse, yo no resistiría, ni por asomo.

Eluney: Sí, es indiscutible que reaccionarías de una forma distinta a la del Bruno actual. Por mucho que no aprecies nuestra sociedad moderna, que inclusive te decepcione y te deprima, has, sin embargo, conservado cierto optimismo, por así decirlo, o, más bien, la voluntad de luchar para que haya siempre más transparencia. Tú, en cierto modo, sigues luchando por ella... De hecho, estoy prácticamente segura de que tú también podrías encontrarte algún día en una situación similar a la de Bruno y, si descubrieras algo podrido en la empresa para la que trabajas, intentarías desesperadamente aportar tu esfuerzo para que haya siempre más transparencia y harías todo lo que estuviera al alcance de tus manos para salir de dicha situación limpiamente. Yo, por el contrario, difícilmente creo que pueda encontrarme en una situación semejante en el futuro, pues estoy mucho más desilusionada de lo que tú estás ahora. Hace tiempo que perdí todas mis esperanzas... lo cual, en el futuro, me llevará a elegir caminos cada vez más marginales, casi externos, lo más desvinculados posible de la sociedad; por tanto, una situación tal dudo que tenga que encararla, o, al menos, eso espero, porque no está en mi menor interés enfrentarme y luchar por algo en lo que no creo. (*Eluney se levanta*)

Ya es tarde, es casi la una de la madrugada.... ¡Será mejor que te deje!

Adrián: Como desees.

Eluney: ¿Tienes planes para mañana por la mañana? ¿Por casualidad estás ocupado? Yo sólo tengo que ir a la universidad por la tarde, por lo que puedo disponer de la mañana a mi antojo. Podríamos salir y hacer algo.

Adrián: Sí, de acuerdo, no tengo nada especial que hacer por la mañana; o mejor dicho, no tenía intención de hacer otra cosa que dormir. De todos modos, no te preocupes.

Eluney: Podríamos ir al cine. Me parece que la primera proyección es a las once y media o al mediodía, ¿qué te parece? A esa hora siempre están los mejores espectáculos. Además, de esta forma podríamos fingir ir al cine como si fuera de noche, ya que tú, por la tarde, supongo, te irás a dormir.

Adrián: Me parece una idea excelente. ¿Nos vemos aquí alrededor de las once?

Eluney: De acuerdo, ¡nos vemos más tarde!

(Se apagan las luces, Adrián sale de la recepción y, en reemplazo, llega Marina a ocupar su puesto. Cuando las luces vuelven a encenderse, es de mañana.)

Escena octava

(Marina está sentada en el mostrador de recepción)

Marcelo: ¡Buenos días! *(en tono alegre y con un café en la mano)*

Marina: Hola, ¿en qué puedo ayudarle?

Marcelo: Reservé una habitación a nombre de Marcelo Núñez. *(Mientras Marina busca los detalles de su reserva, Marcelo se distrae y se pone a hablar de otra cosa. Está claro que es una persona elocuente)* ¿De verdad no quieren confesar cuál es el secreto para conseguir un café tan delicioso por estos lados?

Marina: *(risitas)* ¡Ah no, no se nos permite revelar eso! Ese es nuestro secreto. Si lo reveláramos, seguramente cesaríamos de un momento a otro de ser tan conocidos por nuestro envidiable caffè espresso *(hace una mueca estúpida)*.

Marcelo: Sí, lo comprendo. Tarde o temprano, sin embargo, ustedes también cederán y nos revelarán "el enigma" *(pausa)*. Entenderá que para mí es una gran novedad: yo vengo de la capital y allí beber café equivale casi a beber agua... Es insoportable, casi de no creérselo. Aquí, en cambio, tienen más tiempo para dedicarse a los detalles - a estas exquisiteces tan agradables -, cómo los envidio... *(pausa)* En la capital, siempre estamos demasiado ajetreados despachando asuntos importantes, materiales, y apenas encontramos tiempo para ocuparnos de asuntos más nimios, como un buen o mal café; ahora, sin embargo, por fin me encuentro en una situación en la que yo también puedo prestar atención a estos pequeños placeres de la vida. Nada más llegar a esta ciudad (¡menos mal que es de mañana!), lo primero que hice fue saborear el café local.

Marina: Hizo bien, señor. Después de todo, nuestro café es simplemente envidiable. ¡Y no sólo el café! En general, desde el punto de vista culinario tenemos una cierta reputación. Todavía le quedan muchas bebidas y, sobre todo, platos típicos por probar. Estoy segura de que sabrá disfrutarlos.

Marcelo: No tenga dudas (*ríe altaneramente*). Siempre he sido un amante de probar comidas nuevas, así que a medida que avancen los meses probaré sin duda todas las "especialidades de la casa"; soy de esas personas a las que les gusta ir al restaurante o al bar entre una reunión y otra.

Marina: (*en tono falso*) ¡Eh, son placeres de los que difícilmente se puede prescindir en la vida!

Marcelo: Sí... Verá, soy de esas personas que se zambullen en todo lo que una pequeña ciudad tiene para ofrecer. No deseo dejar escapar ninguna "oportunidad" ni perderme ningún placer. Esto me proporciona una sensacional sensación de relajación (*pausa*).

Marina: ¿Sería tan amable de facilitarme su carné de identidad?

(*Marcelo se lo da y a continuación Marina le entrega las llaves de su habitación*)

Gracias, aquí están sus llaves. Su habitación se halla en la sexta planta, a mano derecha. Espero que sea de su agrado, es una de las habitaciones más bonitas que tenemos para ofrecer.

Marcelo: Gracias. (*Se dirige hacia las plantas superiores*)

Escena novena

Marina: Hola Bruno, buenos días. ¿Necesitas algo?

Bruno: No, Marina, tranquila. Sólo vine porque tengo que esperar a alguien.

Marina: Asuntos personales o de trabajo, ¿de qué se trata, si me permites la pregunta? (*ligeramente intrigada y en plan inquisitorial*)

Bruno: (*la complace*) Por supuesto, pregunta todo lo que quieras. Estoy aquí por motivos de trabajo, a la espera de encontrarme con el señor Núñez.

Marina: ¡Ah, ahora comprendo! (*arruga ligeramente la frente*) Así que hay una correlación entre tus nuevos proyectos de trabajo y el señor Marcelo Núñez. No lo había percibido todavía...

Bruno: Sí, es mi empleador; él se encarga de dirigir la sucursal de la empresa para la que voy a trabajar.

Marina: Entiendo. A propósito, el señor al que estás esperando llegó justo hace un rato a este hotel. (*pausa*) ¡Ah Bruno, me alegro por ti! Además, Marcelo me pareció un señor fácil de tratar: cuando llegó aquí estaba de buen humor, se reía, me preguntaba por nuestro café; en fin, me pareció una persona agradable por lo poco que lo vi. (*Bruno escucha casi con indiferencia*). Quizá no en breve, porque aún eres muy joven y tienes que armarte de paciencia; sin embargo, dentro de unos años estoy segura de que te aguarda una carrera brillante y te veremos marchar lejos de aquí, de esta pequeña ciudad (*pausa*). Yo, dada mi edad, confieso que me siento feliz aquí, en este lugar, porque tengo todo lo que necesito: la mayoría de los miembros de mi familia se encuentran aquí, tengo mi propio negocio, y no tengo ningún deseo de alejarme de todo aquello; los jóvenes, sin embargo, - al igual que tú - hacen bien en dedicarse hasta el desvelo en buscar ofertas de trabajo convenientes y esperar tener, algún día, algo

mejor en otro lugar: siempre hay que dar pequeños pasos hacia algo siempre más competente. *(Bruno sonríe ligeramente. Es una sonrisa forzada)*

Bruno: Marina, perdona que te interrumpa, ¿podrías decirme la hora, tú que estás ahí en frente de la computadora?

Marina: Son las diez y veinte, ¿por qué? ¿No llegaste a tiempo?

Bruno: Sí, estoy a tiempo; sólo quería asegurarme de haber llegado con suficiente antelación.

Marina: ¿A qué hora te citó?

Bruno: A las diez y media.

Marina: Entonces, has llegado perfectamente temprano *(sonriendo)*.

(Marina vuelve a mirar la computadora y continúa con su trabajo; Bruno, mientras tanto, agitado, se arrima a una pared de la recepción del hotel. Permanecen unos instantes en silencio)

Marina: Y tus padres, tu hermana, ¿cómo están? ¿Están todos bien los de tu familia? Espero que sí, porque debo admitir que hace varios meses que no me los encuentro en la ciudad y no sé casi nada de ellos.

Bruno: No están mal. Mis padres están relativamente bien. Bueno, siempre hay pequeños problemas y dificultades cotidianas que superar, pero no se quejan. Su vida ya está "hecha" - en el sentido de completa -, por lo que no tienen que preocuparse por inventarse algo nuevo todo el tiempo, sino más bien tienen que llevar adelante lo que ya poseen, día tras día, y eso, en general, no es algo extremadamente difícil. *(pausa, en creciente desconcierto)* Y... en cuanto a mi hermana, parece que por fin ha tomado la decisión de casarse.

Marina: ¡Ah, estupendo! ¿Cuántos años tiene ella, que ahora no me acuerdo?

Bruno: Veintisiete.

Marina: ¿Y cuándo tendrá lugar la boda? *(con brío, emocionada)*

Bruno: Por lo que tengo entendido, la fecha exacta aún no ha sido definida; hay varias opciones: a ella le gustaría casarse en octubre; su futuro marido, en cambio, dice que es mejor celebrar la boda en enero; nuestros padres dicen que es mejor... En fin, cada uno pretende hacer prevalecer su propia opinión e imponerse sobre los demás. En cuanto decidan la fecha, se los comunicaré. Están todos invitados, por supuesto; estaría bueno que ustedes también pudieran asistir...

Marina: ¡Por supuesto! Estaremos allí, no lo dudes ¡Es un evento que no nos podemos perder!

Bruno: Te estoy agradecido *(se esfuerza por sonreír)*. Por muy complicado que me parezca, espero que Adrián y Eluney también condesciendan a ir, porque, en el fondo, son mis mejores amigos... Te dejo a ti la tarea de convencerlos *(rígido, casi ahogándose)*.

Marina: ¡No temas, haré todo lo que esté a mi alcance para que vayan! *(alegre, casi con presunción)*

Escena décima

(Bruno se encuentra en la sala de recepción esperando a Marcelo; Marina, por su parte, está sentada y se ocupa de ordenar documentos de trabajo)

Marcelo: ¡Hola! *(sonriendo)*. Por fin nos conocemos.

Bruno: El placer es mío.

Marcelo: Le agradezco que haya pasado por aquí; iremos juntos a la filial. Antes, sin embargo, deseaba intercambiar unas palabras informales con usted; admito que me gusta conocer personalmente a la mayoría de las personas que contratamos para trabajar con nosotros y saber ese poquito de ellas...

Bruno: Sí, lo comprendo...

Marcelo: La filial, como ya sabrá, está a unos diez minutos de aquí. Podemos ir andando o bien tomar un taxi. Ahora lo pensamos *(pausa)*. Verá, el hecho de que esté aquí en este hotel se debe a que en el departamento donde me instalaré están haciendo algunas reformas y aún no han terminado con los últimos detalles. Y eso es un fastidio, claro, pero ¿qué se le va a hacer? Al fin y al cabo, así es cuando compras una casa o un departamento, siempre hay algo por arreglar, amueblar, etc...

Bruno: Comprendo que no sea algo agradable.

Marcelo: Ah, ¡así es! Cualquier cosa menos agradable. Siempre he adorado la organización, el trabajo en equipo y la puntualidad; verá, me habían comunicado que hoy el departamento estaría listo y en cambio están atrasados. No soporto estas cosas, literalmente me sacan de quicio. Ni se imagina el esfuerzo que pongo en planificarlo todo con la debida antelación y cuando algo no sale según lo planeado, me ofusco, me inquieto *(pausa)*. La jaula en la que deseo vivir debía estar lista hoy, pero esos...

Bruno: Sí, lo entiendo, procure todavía tener paciencia. No es ningún drama pasar algunos días en este hotel *(desconcertado)*.

(Pausa)

Marcelo: No es ciertamente un drama: se sobrevive. Pero, le seré sincero, es una molestia. Varias otras personas intentarían tal vez disimular su "inquietud" tratando de mostrarse indiferentes y distantes ante dolores de cabeza como éste. Se esforzarían sin duda por contenerse; yo, en cambio, no deseo ser falso ante nadie: este retraso es un fastidio para mí. Es así *(hace un gesto con las manos)* y prefiero ser directo, no mentirle a nadie. *(Bruno, turbado, asiente por cortesía)*

Pero dejemos estos temas lamentables. ¿Sabe una cosa? Hoy encontré esta ciudad aún más hermosa que de costumbre, hacía mucho tiempo que no venía por aquí. En mis tiempos de secundaria - hace unos quince años - solía venir mucho por distintos motivos; después me recliné en la capital, me dediqué a asuntos de mayor importancia y me desplazé cada vez menos *(pausa)*. En fin, como dije, la ciudad es bella, ya que aquí el ritmo de vida es más tranquilo, se respira aire puro, hay menos tránsito, la comida es excelente, pero en cuanto a entretenimiento y distracción, ganamos los de la capital, que podemos presumir de un sinfín de restaurantes, bares, multinacionales de todo tipo, cines, teatros, clubes, discotecas... ¡No son cosas de poca monta! Estoy convencido de que cualquiera en la capital puede

encontrar una forma de distraerse, porque en ella hay entretenimientos para todos los gustos. Es como un enorme parque de atracciones: hay carruseles de todo tipo, es imposible no quedarse satisfecho y encontrar lo que se ajusta a uno. ¿No está de acuerdo? Es decir, está claro que a la ciudad le falta el factor naturaleza, aunque tampoco es un problema irresoluble: cuando llegan las vacaciones de Navidad, uno puede escabullirse fácilmente de la capital e ir a la montaña a esquiar, hacer senderismo o lo que más le plazca, y ahí se resuelve el dilema. ¿No?

Bruno: Supongo que pretendía afirmar que nuestra ciudad carece de la vivacidad típica de la capital. Sin embargo, para la mayoría de nosotros esto no es un problema, ya que la quietud se considera como algo atractivo y el hecho de poder evitar el ajetreo de la capital nos resulta un privilegio.

Marcelo: Por supuesto. Pero no cometa el error de dar excesiva importancia a estos factores. Una ciudad relativamente pequeña ofrece ciertas ventajas, aunque jamás le dará la posibilidad de soñar. En una capital, por el contrario, se acumulan un sinnúmero de oportunidades y eso le permite soñar a lo grande, le da esperanzas de que algún día pueda sentirse realizado... Permítame preguntarle en confianza, ¿usted tiene sueños?

Bruno: Sí, los tengo (*con indiferencia*), al igual que todos los muchachos de mi edad.

Marcelo: Comprendo. (*pausa, suspira*) Verá, en esta ciudad, dada la escasez de ofertas de trabajo dignas de ser tomadas en consideración, realmente ha tenido suerte de encontrar empleo en nuestra empresa y debe alegrarse, porque, puesto en otros términos, esto significa que lo ayudaremos a realizar sus sueños, poco a poco... Si usted nos da satisfacción, estoy seguro de que se le abrirá un gran porvenir ante sus ojos. Y, un día u otro, usted también quizá se dirija a la capital: las ciudades pequeñas, como es bien sabido, son la tumba de los sueños (*Marcelo reflexiona*). Esfuércese, trabaje duro, cultive sus pasiones y verá que un día sus esfuerzos se verán recompensados. No piense tanto en sueños desbordantes de idealismo - esto equivale a ser infantil y tener la cabeza en las nubes -, piense más bien en ser práctico y realista, porque en la vida es necesario ser concretos, planificar las cosas y, poco a poco, avanzar. En resumen, hay que ser ob-je-ti-vos. ¿Comprende? (*Bruno está serio, asiente, luego se apoya en la pared y sigue escuchándole*) Usted establézcase un objetivo y, manteniendo su enfoque y energías dirigidas a la ejecución práctica, todo fluirá hacia el éxito (*pausa*). El conocimiento y el pensamiento no son más que elementos de intervención y acción sobre el mundo e, idealmente, deberían perder la concepción contemplativa y reflexiva del pensamiento. El mejor enfoque, créame, ya que soy una persona con una considerable experiencia, es siempre el de la concreción, o sea, el no detenerse en aspectos teóricos y abstractos, sino privilegiar los aspectos prácticos y de efectiva ejecución. Además, tenga presente que, hoy en día, este pragmatismo es altamente demandado y alabado en el entorno empresarial. Se sobreentiende, ¿no? Usted también comprende que una persona que se favorece del pragmatismo siempre resolverá un problema antes que otra, abstracta, la cual correría el riesgo de detenerse demasiado tiempo en especulaciones teóricas, haciéndonos, en consecuencia, perder la jornada a todos (*pausa*). Somos lo que hacemos, ¡no lo olvide nunca! (*alza un dedo de la mano, discursa con convicción,*

como si se sintiera en la piel del filósofo de la practicidad) Y, ahora, dígame, ¿se siente entusiasmado por trabajar para nosotros? *(con ligera falsedad y arrogancia)* Estoy seguro de que se sentirá nervioso hoy. Sin embargo, no tiene por qué, somos gente fácil de llevar; haremos todo lo posible para que no se sienta cohibido.

Bruno: No se preocupe, es normal estar así al principio de una nueva carrera. En cuanto a su pregunta, supongo que me siento relativamente contento *(mentira)*; al fin y al cabo, a muchas personas les corresponde un destino mucho más triste que el mío, y yo no tengo derecho a quejarme. Sí, claro, en el fondo, estoy feliz... *(con un hilo de voz, Marcelo mientras tanto asiente)*

Marcelo: Quédese tranquilo, todo irá bien. Dígame, pues, ¿cuántos años tiene? *(con aire distante)* Me temo que no lo recuerdo exactamente...

Bruno: Veintitrés.

Marcelo: *(con tono afectado, casi indiferente)* Es una edad áurea esa. No la desperdicie, ¡no eche a perder ni un minuto! Además, ¿sabe lo que se dice? (yo, sinceramente, estoy bastante a favor de esta teoría) que la edad en la que uno se siente más feliz en la vida ronda entre los 23 y los 69 años. Y le aclararé también que fue escogido justamente el número veintitrés porque, en general, se afirma que es ése el momento de la vida en que uno se siente más optimista y entusiasta, en que se cree que nada puede impedir realizar lo que se desea. Además, suelen ser los años en los que uno se independiza de sus padres, y esto también, claro está, genera cierto contentamiento, satisfacción. *(Bruno lo escucha mirando de vez en cuando a un lado y luego al otro, no encuentra nada que replicar, siente que no vale la pena, que no está en la posición de formular críticas)* En fin, sea como fuere, ¿qué le parece si empezamos a dirigirnos a la sucursal? Son casi las diez y cincuenta; nos esperan sobre las once.

Bruno: Por supuesto, es hora de ponernos en marcha.

Marcelo: Por cierto, cuando lleguemos, le presentaré a mi vicedirector de la sucursal, el Sr. Zambrano. Se trata de una persona extremadamente agradable; además es un buen amigo de la familia. *(pausa)* Será mejor que le cuente. ¿Le parece?

Bruno: Si lo desea, adelante *(en tono sumiso)*.

Marcelo: A ver, toda la empresa siempre ha pertenecido a mi familia, es muy antigua; pero eso ya debe saberlo. Mi padre se ha quedado a dirigir la sede central, mientras que el Sr. Zambrano y yo nos hemos encargado de venir a gestionar personalmente esta sucursal local con vistas a hacerla aún más rentable. Y es lindo estar aquí, me siento tremendamente orgulloso *(con altiva solemnidad)* de estar formando parte de este proyecto laboral y, a través de él, poder llevar adelante los atávicos valores de mi familia. *(pausa)* En cuanto al Sr. Zambrano... ¿Es usted religioso? *(en tono inquisitorial)*

Bruno: Mis familiares, lo son; yo, para serle sincero, dejé de serlo hace mucho tiempo.

Marcelo: Mejor así. Yo tampoco; o, mejor dicho, sí, lo soy, pero en realidad es sólo una cuestión de fachada. Verás, en términos prácticos, si mi familia decidió empezar a seguir el cristianismo de un día para otro, fue sólo porque un cura era el amigo más cercano de la familia de mi madre y, a la hora de su

matrimonio, consiguió persuadirla para que se casara en la iglesia en la que él servía. A partir de entonces, pues, mi madre y mi padre, que hasta ese momento se habían profesado ateos, fingieron empezar a creer en la religión y, de esta forma, pasaron varios años. Luego, cuando nació, simplemente por una cuestión de costumbre y comodidad, decidieron inculcarme también a mí los valores rudimentarios del cristianismo. Crecí, me hice adulto; nuestro amigo cura, mientras tanto, (no interesa saber por qué razón) empezó a tener problemas económicos cada vez más serios y mis padres, con toda la razón, le propusieron que se incorporara a su empresa. Él dudó, durante mucho tiempo, pero luego finalmente abandonó la religión y, dedicándose asiduamente a asuntos materiales, se ha convertido ahora en mi vicedirector. ¿Me sigue?

Bruno: Sí. *(asintiendo con la cabeza)*

Escena undécima

(Eluney entra por la puerta principal; Bruno y Marcelo todavía están conversando entre ellos; Marina está en la recepción atendiendo asuntos de trabajo)

Eluney: *(a Bruno, hablando con ligera incomodidad)*: Hola, buen día.

Bruno: Hola, un gusto verte.

(Silencio)

Marcelo *(a Bruno)*: Lo dejaré unos instantes para dialogar con su conocida, lo atenderé aquí en el vestíbulo. Pero dese prisa, las manecillas se aproximan a marcar las once *(echa un vistazo a su reloj de pulsera)*. Si no nos marchamos de este hotel en unos minutos, llegaremos inevitablemente tarde a la sucursal, y eso no nos lo podemos permitir *(antes de salir, le apoya una mano en el hombro como instándole a apurarse y no perder de vista lo que realmente importa en una circunstancia como ésta, luego se dirige a Eluney)* ¡Señorita, le deseo un buen día!

Eluney: ¡Gracias, igualmente! *(a Marcelo, luego se dirige a Bruno)* ¿Cómo estás?

Bruno: Estoy bien, gracias. O, al menos, eso me parece *(habla despacio)*. ¿Y tú?

Eluney: Bueno, sí, yo también estoy bien; quiero decir, se sigue andando *(en tono de burla)*...

(Marina se levanta de la silla de recepción y se entromete en la conversación, como deseando sanar la incomodidad que se ha creado entre los dos jóvenes)

Marina: *(a Eluney)* ¡Qué coincidencia que también te hayas pasado por aquí esta mañana! ¿Deseas escuchar una noticia? Tu amigo Bruno me comunicó hace poco que su hermana se va a casar y nos ha invitado a todos a su boda, ¿no es maravilloso?

Eluney: ¡Oh, qué alegría, felicidades!

(Está tremendamente asombrada, luego, a pesar de ello, le estrecha la mano, como deseosa de complacerle)

Marina: *(a Eluney)* Dejemos que este joven se reúna ahora con el Sr. Marcelo, que le espera ahí fuera; sin duda, no es adecuado hacerlo esperar. Entretendremos a Bruno con nuestras conversaciones en un momento más oportuno que el de ahora.

Eluney: Claro.

Bruno: Sí, discúlpenme, será realmente mejor que ahora las deje. ¡Hasta luego a las dos, nos vemos!

(Bruno abandona precipitadamente el hotel)

Eluney: ¿Quién era el señor que lo esperaba fuera, en el vestíbulo? ¿Un compañero suyo de trabajo o algo similar, presumo? A juzgar por su apariencia, no parecía alguien de aquí, sino de una gran ciudad, de la capital *(sonríe tristemente)*. Tenía un aspecto excesivamente mundano, mucho más que el nuestro o al que estamos generalmente acostumbrados.

Marina: Ah sí, en las grandes ciudades tienen indudablemente más elegancia y gracia que nosotros. Se llama Marcelo Nuñez y, por lo que tengo entendido, no es un colega suyo. Él es su empleador, o algo así....

Eluney: Sí, comprendo. Tu respuesta, lo admito, no me sorprende.

(Marina vuelve a sentarse en el mostrador de recepción)

Marina: ¿Has venido a buscar a Adrián?

Eluney: Sí, estoy esperándolo.

Marina: *(suspira)* Ah, mi hijo no me confía casi nada. Casi no estoy al tanto de lo que hace cuando se encuentra fuera de este hotel. Ojalá no sea por siempre tan cerrado de mente y reservado.

Escena duodécima

(Adrián llega bajando las escaleras)

Adrián: ¡Aquí estoy, buenos días a ambas! *(a Eluney)* Perdón por el retraso, me había quedado dormido y, por eso, se me pasó la hora *(pausa)*. Espero que hayan descansado bien.

Marina: ¡Terriblemente! Este bochorno es inaguantable y nos despertamos todos, irremediabilmente, con ojeras. Si tan sólo tuviera que volver a nacer, ¡desearía que fuera en una ciudad más al norte! *(con altanería)*

Eluney: Yo, en cambio, estuve despierta toda la noche.

Adrián: ¿Por qué razón?

Eluney: Por lo que habíamos dicho ayer: si uno se queda despierto de noche, automáticamente, es como si ella misma se convirtiera en tu día; de ahí que hubiera tenido sentido ir al cine al mediodía.

Marina: ¡Qué disparate! *(sacude la cabeza)*

Eluney: *(A Adrian)* Estaba bromeando, no es verdad, en absoluto. Para despertarme, puse incluso la alarma; en caso contrario, no hubiera habido manera de que me levantara esta mañana.

(Adrián y Marina dirigen la mirada en dirección a la puerta que da a la calle)

Adrián: Díganme, más bien, ¿qué es este alboroto?

Eluney: *(mirando hacia la puerta)* Parecieran jóvenes festivos que vocean *(perpleja)*. Festejar por la noche hasta lo podría entender, pero levantarse a estas horas para armar tanto jaleo me resulta incomprensible *(fastidiada)*.

Marina: *(alegre)* Debe de haber habido una graduación, si no me equivoco, ¡uno de esos muchachos de ahí lleva una corona de laurel en la cabeza! *(se conmueve)* ¡Qué emocionante, estas escenas me impresionan!.. *(mira de nuevo hacia la puerta)* Ah, ahora que me fijo con más detenimiento, ¡es el muchacho que vino a repartirnos la pizza anoche! *(le hace señas de saludo con la mano)*

(El repartidor reconoce a Marina y entra en la recepción del hotel)

Marina: ¡Felicidades! ¡Felicidades! ¡Es maravilloso verlo graduado!

Repartidor: ¡Gracias, señora, gracias! *(pausa)* Comprenderán que en este momento me siento rebosante de alegría, de despreocupación - es como si me sintiera tremendamente ligero - y al mismo tiempo de satisfacción, debido a que ¡soy consciente de lo que acabo de conseguir! ¡Ad meliora et maiora semper! *(alabándose a sí mismo)*

(Eluney ha permanecido al margen junto a Adrián)

Eluney: Enhorabuena de nuestra parte también, le deseamos un gratificante futuro.

(El repartidor hace una especie de reverencia a Eluney en señal de agradecimiento, luego se vuelve hacia Marina y extrae algo de su bolsillo)

Repartidor: *(a Marina)* Tenga, por favor, es mi tarjeta de presentación como psicólogo *(sonríe)*. Las hice imprimir con tiempo justamente para empezar a distribuirlas con presunción en cuanto me graduara. Naturalmente, aún no sé exactamente en qué estructura ejerceré mi profesión, pero, entretanto, guarde esta tarjeta de presentación mía con mis datos de contacto. Aunque espero sinceramente que no, nunca se sabe si, un día, alguno de sus conocidos pueda necesitar un psicólogo.

Marina: Por supuesto, la guardaré con esmero en mi billetera. A estas alturas está llena de toda clase de tarjetas de presentación, *(sacude ligeramente la cabeza, luego extrae algunas de su cartera intentando ponerlas en orden)* incluso tengo una de las funerarias. ¡Ja!

Repartidor: Mejor así, siempre es mejor ser precavidos.

(Entonces se acerca a Adrián y Eluney)

Aquí hay una copia para usted también *(tiende la tarjeta a Adrián)*.

Adrián: No, no, gracias, no la necesitamos *(con reticencia)*.

Repartidor: Por favor, tómela, acepte...

Adrián: No, no, no se ofenda, pero no la necesito, no me interesa.

Repartidor *(a Eluney):* Tómela usted, entonces. *(pausa, se echa a observar a la muchacha y se queda sorprendido)* Usted también, al igual que su novio, no da la impresión de estar muy animada el día de hoy *(sacude ligeramente la cabeza)*. ¿Hay algo que la trastorna, acaso?

Eluney: No, en absoluto. ¿Y a usted?

Marina: *(a su hijo)* Cuántos rodeos y cuánta reserva, si tan sólo dijeran ambos qué es lo que tanto los inquieta, ¡haríamos todo lo posible por ayudarlos a ser más dichosos!...

Repartidor: *(a Eluney)* ¡Tómela, insisto!

(Eluney finalmente aferra la tarjeta de visita y la coloca expeditivamente en un bolsillo)

Le aseguro que lo que le estoy ofreciendo (y no solamente a usted, sino a cualquiera que lo precise) es un servicio excelente; se lo garantizo, tenga confianza en mí (*pausa, luego retoma su discurso de forma explicativa*). Ahora bien, está claro que aún por algún tiempo, unas semanas o meses, a lo sumo, no podré ejercer mi profesión formalmente dentro de una estructura. Sin embargo, si necesitaran mi servicio con urgencia, aún previo a ese día, no se preocupen, ya que desde luego no soy una de esas personas desagradables que no pueden adaptarse a las necesidades de los demás: vengan directamente a la pizzería de enfrente en la que trabajo y hablaremos sobre cualquier cosa que les urja, prometo que haré lo posible para que se sientan cómodos... (*sonríe*) Y ahora, para concluir, les deseo a todos un excelente día y ¡muchas cosas buenas! Mis amigos me esperan fuera y no puedo hacerles esperar por más tiempo. ¡Hasta la próxima!

FIN